

haber querido defender la libertad, la patria y la república; que no concede naturaleza ningun gran progreso sino á los grandes esfuerzos, y no vence ninguna idea sino en virtud de altísimos y redentores sacrificios.

MONTE-CARLO.

Me detengo en Monte-Carlo, y la amenidad del sitio, la pureza del cielo, el aire que baja de las montañas, el rumor que sube de las olas, obliganme á tomar la pluma y á escribir cuatro rasgos, con el fin de bosquejar un pobre borrador trazado sobre las rodillas en los descansos de largo viaje y en los postres de tenacísimo maréo. Monte-Carlo, como su nombre enseña, es una eminencia; y esta eminencia, como quizá todo el mundo sabe, contiene con otro peñon cercano toda una monarquía, y de las monarquías más duraderas, más permanentes, más seguras de toda Europa. Esta monarquía será como desde las primeras verjas del Botánico al obelisco de la fuente Castellana en todo su largo; y en su ancho como desde la Puerta de Alcalá al café Suizo. No necesitais subiros á ninguna altura para abarcarla en toda su magnitud, de Oriente á Poniente, de Norte á Mediodía. Con una hora de coche y dos pesetas y media teneis bastante para recorrerla en todas sus

direcciones y escudriñar lo más esencial y necesario de su sencilla geografía. Francia la rodea como rodea el Océano las conchas de su seno. Y la proximidad de esa grande Italia, muestra que en la política y en las distribuciones geográficas hay desproporción tan grande como la que existe en las esferas zoológicas entre la pulga y el elefante. Así es que los viajeros no se cansan nunca de preguntar dónde está la aduana, dónde la frontera, dónde los magistrados, dónde las Cortes, dónde el ejército y dónde la marina de este inmenso Imperio, parecido á uno de esos teatros de carton que nuestro buen alemán de la calle de la Montera vende para juegos de niños. El problema es más difícil de lo que á primera vista parece y de lo que salta á primera vista. Se concibe que Andorra, que San Marino, que las ciudades anseáticas hayan podido existir, como puntos aislados entre constelaciones inmensas, por la sencillez patriarcal y la baratura primitiva de sus instituciones. Pero no se concibe que mil y doscientos vasallos paguen y mantengan todos los arreos necesarios á una lujosa monarquía. Así es que los alemanes, tan dados á la tradición histórica, á las instituciones feudales en perfecta consonancia con su carácter y sus instintos individualistas, no han sostenido en este nuestro siglo aquellos sus antiguos monarcas y aquellas

sus antiguas monarquías que contaban como único ejército los pinches de palacio, vistiéndolos por la mañana el blanco uniforme de cocina, y á la tarde el pintado uniforme de cuartel. La crítica acerba y la ironía amarga de todos los escritores germánicos; los inmensos trabajos unitarios de Prusia; los progresos de los tiempos, han por fin soterrado todos esos vestigios feudales que sacaban á duras penas la frente sobre la inundación general producida por el diluvio de nuestras revoluciones.

Si Monaco está situada en el centro de cualquier gran monarquía, Monaco desaparece. Pero situada á las orillas del mar, en la enervada de Génova y Saboya y Provenza, las rivalidades de sus enemigos han sido poderosas á conmoverla muchas veces, pero jamás á destruirla, apareciendo todavía con su carácter de aislado señorío feudal, como en ciertos terrenos geológicos aparecen fósiles perfectamente conservados, mudos y frios monumentos de los primeros combates sostenidos por la naciente vida en este campo de batalla, en este eterno cementerio que se llama la tierra. Lo cierto es que, ora por una, ora por otra causa, la duración de Monaco asombra y extraña. El pacto de Carlo-Magno, sobre que estuvo levantada Europa más de diez siglos, se ha roto; el inmenso Imperio bizantino, fundado en com-

petencia con el Imperio romano, se ha caído, desapareciendo hasta sus ruinas; ya nada queda de aquel sacro régimen germánico, cuya férrea corona llevó por tanto tiempo la poderosa casa austriaca; del dominio inmenso allegado por Carlos V y Felipe II en las cuatro partes del planeta, sólo se ven aquí ó allá restos de naufragio; la monarquía de los Papas se ha hundido, á pesar de su carácter sagrado, de su importancia religiosa, de su ancianidad venerable; el poema escrito por aquel genio en delirio que se llamaba Napoleon el Grande, se ha disipado como el humo de sus cañones; los poderes más fuertes, más queridos de la fortuna, más respetables para la historia, rodaron al abismo; las dinastías más antiguas, como los Estuardos de Inglaterra, corrieron del trono al destierro; y ese reino de Monaco y su rey imperceptibles permanecen inmóviles sobre su escollo, como el águila real en su nido, desafiando al tiempo y á las revoluciones.

Esta duracion, que á muchos les incita á meditar sobre las catástrofes históricas, incita á la generalidad de las gentes á broma y risa y chacota. Un ciudadano inglés contempla el diminuto reino y sus ejércitos de zarzuela con la misma imperceptible reserva con que contempla las marmóreas rotondas de Roma ó las cristalinas pirámides de los Alpes. Mas los viajeros provenzales, sabo-

yanos y genoveses, que en gran número acuden á esparcir el ánimo en Monaco los dias festivos, bromean á todas horas con el inmenso Imperio. Uno dice que la futura guerra continental no estallará hasta que los contendientes sepan adónde se inclina la poderosa alianza de los monaqueses. Otro cuenta que un aleman, despechado por razones que no son para dichas, compró su correspondiente lancha cañonera; y se apercibe á un bombardeo y á un desembarco que no puede ménos de ser terrible, puesto que le acompañan dos ó tres amigos con sus correspondientes criados. Éste recuerda cómo los dos artilleros del reino habian perdido de tal manera los hábitos de su oficio, que, al cargar un cañon para ofrecer los honores de las salvas al Rey en su natalicio, por ignaros y torpes, estallaron al par de la pólvora. El de más acá detiene al primer campesino que encuentra, y le pregunta si es gentil-hombre ó chambelan de la córte. El de más allá saluda con ridícula reverencia á los erguidos y graves centinelas. Grandes grupos se paran á leer un tablero donde campean varios decretos de D. Carlos III, príncipe reinante, nombrando plenipotenciarios para otras córtés y concediendo una gran cruz nada ménos que al Ministro de Negocios extranjeros en Bélgica.

Yo no olvidaré nunca la conversacion que anu-

daron cierto gárrulo comerciante de Marsella y cierto barbero no ménos gárrulo de San Remo en la peluquería de Monaco. «Pero ¿cuántos soldados tiene este rey? preguntaba el marselles. — Más de ochenta, decia el barbero. — ¿Y para qué necesita esos soldados? — Ya lo ve V., replicaba el muchacho, para darse tono. — Todos los mozos hábiles de la nacion estarán metidos en el ejército. — Se aumentó en estos últimos tiempos considerablemente. — ¿Considerablemente? Sin duda alguna teme Monaco á Mr. de Bismarck. Estos malditos prusianos obligarán á todo el mundo á gastos que concluyan por arruinarnos. — En Monaco nadie teme á Bismarck, ni de sus ejércitos se acuerda. Pero nuestro Gobierno es piadosísimo, y se ha quedado con algunos de los militares que tuvo necesidad de licenciar el Papa. — Según eso, los soldados monaqueses son soldados mercenarios. — Justo. Y con ochenta soldados tiene el ejército un número quizá mayor de oficiales. — Supongo que habrá cabos, sargentos, tenientes, capitanes, comandantes, coroneles, generales y generalísimos. — No se burle V., porque pudiera enterarse la policía y pasarlo V. muy mal. — Me dice V. que Monaco tiene un ejército de pura farsa, y luégo me encarga que no me burle y no murmure, como si no acabára de darme el mal ejemplo. Francamente, no puedo seguir su amis-

toso consejo; paréceme asistir á *Los Dioses del Olimpo* de Offenbach. Creo que me he vuelto loco, ó por lo ménos que estoy soñando. Tamaño reino es bueno para el teatro de los Bufos. ¿Y aquí hay prensa? — Se publica un periódico cada ocho dias. — ¿Hay Cámaras? — Ni por pienso — De suerte que teneis el placer de vivir en este diminuto espacio, de pasar dos ó tres veces la frontera y la aduana cada dia para visitar á un amigo, de contar con un ejército abrumador; y ademas de todas estas lindezas, aguantais muy santamente un monarca absoluto. Pues no envidio vuestra suerte.

Merece, á la verdad, verse este ejército vistosísimo y churrigueresco: sus pantalones galoneados de carmesí ó de oro, sus historiados dormanes, sus relumbrantes chacós, las levitas celestes de los oficiales, los varios multicolores cordones, los ondeantes plumeros. Merecen verse los centinelas que nada guardan, las fortalezas que para nada sirven, los cañones que á nadie amenazan, los armazones de inverosímil nacion mandada por increíble monarquía. Al examinar todo esto creéis emprender prácticamente los viajes de Gulliver y encontraros en las regiones de los imperceptibles enanillos. Se os figura que cuanto á vuestros ojos se despliega es una decoracion arreglada en breves minutos para desarreglarla así que con-

cluya la fiesta, obra de algun redomado chusco. A cada minuto recordais el Micromegas de Voltaire, sólo que, en vez de haber ido desde la tierra á un planeta mayor como Saturno, vais desde un planeta inmenso á cabalgar sobre pequeño y fugacísimo aereolito donde está grabado en miniatura un reino de mentirijillas. Es un cuento de Perrault, una fábula de Lafontaine, un capricho de Goya, una caricatura de Cham; cualquier cosa, ménos una realidad viviente, ménos una institucion verdadera é histórica.

Y desde luégo llama sobre todo vuestra atencion el lado económico de este Gobierno. Cuando veis mil trescientas personas dándose al desmedido lujo de tener rey, heredero de la corona, familia de príncipes é infantes, comparsas de chambelanes y de gentiles-hombres, aristocracia oficial, clero privilegiado, ministerio completo, Supremo Tribunal de Justicia, ejército con su correspondiente estado mayor, cónsules y demas agentes diplomáticos en el exterior, preguntais á todo el mundo: por baratos que sean tales servicios, por mal pagados que estén tales cargos, ¿de dónde salen todas estas misas? En ciertos períodos de la historia es facilísima la explicacion. Los señores de Monaco son piratas que desde su fortísimo peñon caen sobre las mareantes y les exigen á mano armada cuantiosísimos tributos, ó los despojan de

sus ricas mercancías. En otros períodos, los vasallos pertenecen en plena propiedad á su príncipe, y trabajan todos para que viva él solo. Además, no fué Monaco tan breve y reducido como es hoy. Tenía algunas ricas comarcas, algunos importantes municipios. Pero despues de la guerra franco-austriaca, despues de la anexion de Niza á Francia, el monarca de derecho divino vendió al emperador Napoleon, como si vendiera un predio ó un caballo, la mayor parte de sus súbditos, la jurisdiccion sobre casi todo su territorio, por la suma de tres millones de francos, á bastante ménos precio que los negros. Tres millones de francos dan todavía con sus intereses medios de vivir cómodamente á un propietario ó rentista de las clases medias; y si á estos recursos une otros recursos heredados de sus mayores, hasta á un grande, á un príncipe, á un banquero le cae como miel sobre hojuelas esa suma en que el Rey de Monaco vendió al Emperador de Francia la escasa manada de sus vasallos. Pero, por rico que seais, si caeis en la monomanía de llamaros Rey, de nombrar príncipes, de tener ejército, de revestir á vuestros amigos con dignidades palatinas ó con ministerios políticos ó administrativos, al poco tiempo debeis ir desde vuestra casa, por loco, á Leganés; por pobre, al Pardo.

Uno de los inmediatos antecesores del príncipe